

Entre los múltiples criterios que definen al género humano, figura la facultad “simbólica” y más específicamente el lenguaje verbal. Éste constituye de hecho para muchos el único medio de procesar en términos cognitivos la pluralidad fenoménica del mundo. En *El arco y la lira*, Octavio Paz escribe:

“No hay pensamiento sin lenguaje, ni tampoco objeto de conocimiento: lo primero que hace el hombre frente a una realidad desconocida es nombrarla, bautizarla. El hombre es un ser de palabras”<sup>1</sup>.

Si es innegable que la palabra es una herramienta imprescindible para la conceptualización y una subsecuente estructuración del conocimiento, la aprehensión del mundo por el hombre no se limita a la abstracción verbal sino que implica al cuerpo en una simbiosis cognitiva la cual busca una verdadera comunión estética<sup>2</sup> con el objeto por conocer. En este contexto, la construcción del sentido mediante palabras resulta insuficiente y se busca a través de sonidos, colores, ritmos sonoros o visuales, formas, y más generalmente toda una sinestesia, un semantismo que permita una profunda intelección de hechos y realidades.

El saber indígena mesoamericano fue un saber sensible. El término náhuatl que lo refiere *tlamati* significa de hecho tanto “conocer” como “sentir”. El indígena no concebía un conocimiento que se limitara a abstracciones eidéticas verbalmente configuradas y que no fuera plenamente *sentido*. Consideraba que sabía cuando sentía, cuando el objeto por conocer se “incorporaba” de alguna manera al sujeto conocedor determinando asimismo

---

<sup>1</sup> Infra p.?

<sup>2</sup> Recordemos que el vocablo griego *aisthêtikos* expresaba originalmente “la facultad de sentir”.

una aprehensión cognitiva simbiótica en la que se fundían de alguna manera el sujeto y el objeto.

Además del vocablo *tlamati* otros términos nahuas que atañen al proceso cognitivo revelan el carácter sensible del conocimiento: *nenoyolnonotza* literalmente “dialogar con el corazón” denota la “reflexión”; *yuh quimati noyollo* “así lo sabe mi corazón” remite a la “creencia”; *omeyolloa*, literalmente “se parte en dos el corazón” expresa la “duda”. La especulación filosófica se expresa mediante una interrogación *¿Canin mach nemi noyollo?* “¿Dónde acaso anda mi corazón?” expresando asimismo la pérdida de rumbo existencial que implican las elucubraciones intelectuales sin arraigo sensible. La omnipresencia del corazón en el proceso cognitivo indígena lejos de tener un valor “literario” revela el carácter sensible de éste.

En un contexto cultural renuente a encerrar en diminutos conceptos una realidad compleja que escapa al entendimiento humano, la producción de formas y la configuración de espacios se revela esencial para “regular los intercambios funcionales con el medio exterior”<sup>3</sup>, es decir para conocer el mundo, o mejor dicho, para “co-nacer” *al* mundo. Grecas, espirales, círculos, cuadrados, ovalos, encrucijadas, quincunces, paralelismos, ortogonalidades, cubos, esferas, cilindros, pirámides, patios, corredores, ejes, oquedades, etc., generan un estado de ánimo y determinan un comportamiento antes de llegar al umbral de la conciencia. El semantismo de las formas es difuso, subliminal y productor de sentido sensible.

Con base en estos principios, Iliana Godoy realiza aquí un descenso “órfico” en estratos profundos de la plástica indígena donde se gestan las formas de la cultura náhuatl. En este contexto analítico, los templos son ante todo una integración funcional de ejes y de fuerzas, de verticalidad evolutiva o involutiva, de tensiones centrífugas o centrípetas. Las figuras de barro o de piedra son una epifanía formal de lo divino antes de “representar” a un dios específico: Coatlicue es tierra ofidia por la materialidad de su imagen pétrea y por el ritmo de las formas que la componen más que por una referencia directa a esquemas religiosos pre-establecidos. La Coyolxauhqui descuartizada, muestra y hace sentir la fecundidad dinámica de su muerte sacrificial mediante una motricidad potencial centrífuga

---

<sup>3</sup> Definición que da Jean Piaget del proceso cognitivo. Cf. Piaget *Biologie et connaissance*, París, Delachaux et Niestlé, 1992.

que Iliana encontró en la espiral que forman sus componentes principales y que pone en evidencia mediante un análisis minucioso, sistemático, y convincente.

Tláloc, antes de ser dios de la lluvia, es un sistema de armonías (o disarmonías), de proporciones, de tensiones, de ritmos y articulaciones que suscita una comunión cognitivo-afectiva con la tierra y el agua.

La autora muestra asimismo como el movimiento latente contenido en distintas figuras de piedra cobra vida en la interioridad de un observador que comulga visualmente con su esencia:

La fuerza ascensional se expresa a través de la articulación vertical de volúmenes, en el caso de la estatuaria o, en los relieves a través de la importancia del eje vertical como eje de simetría. Esta fuerza ascensional parece sobreponerse angustiosamente a la fuerza centrípeta en el caso de Quetzalcóatl como caballero serpiente, porque tras las poderosas contorsiones de la serpiente el rostro emerge, imponiendo la voluntad del guerrero sobre el caos. El caso de Mictlantecuhtli de Stuttgart es uno de los pocos que expresa la fuerza vertical en un sentido de descenso y aplastamiento.

Ejemplo de síntesis y equilibrio de las tres fuerzas son las cabezas gigantes de serpiente que rematan la escultura de Coatlicue. La fuerza ascensional las hace emerger del torax, la fuerza centrífuga las separa y las dirige hacia ambos lados y la fuerza centrípeta las confronta.

El movimiento espiral en tres dimensiones, característico de las serpientes enrolladas sintetiza el equilibrio de las tres fuerzas: fuerza centrípeta en el origen central del espiral; fuerza centrífuga en el desarrollo del movimiento, y fuerza ascensional en el desarrollo vertical de sus evoluciones<sup>4</sup>.

Iliana Godoy se aleja de la perspectiva etnocentrista de los estudios iconográficos tradicionales y se interna en el intrincado enredo de los movimientos, de los ritmos y de las

---

<sup>4</sup> Infra p.? (p. 155 del manuscrito).

formas. Sigue, en esto, un principio indígena de la estructuración del sentido. En efecto, para los nahuas lo que *adviene* es lo que se “enreda”. Dos vocablos de la lengua náhuatl: *ilacatzoa* y *momalina*, expresan este rasgo específico de la cognición indígena . Frases como “se enreda el mando” *ilacatzoa in tlatocayotl*, se “enreda la amistad” *momalina in icniuhyotl*, que se encuentran con frecuencia en los cantares, manifiestan claramente la necesidad de urdir y tramar los elementos más distintos de la experiencia humana en sistemas de formas y movimientos para que se genere un sentido sensible.

Después de haber recorrido los arcanos formales de la cultura indígena, Iliana concilia, en la parte final de este libro, la nitidez conceptual del conocimiento occidental y la proliferación metastática del sentido indígena al realizar un cuadro sinóptico de las constantes formales en el que se integran los hilos expresivos del objeto cultural considerado y los criterios analíticos aplicados en la investigación.

Provista de una herramienta cognitiva novedosa afin a la tarea emprendida, Iliana Godoy, logra establecer nexos formales del sentido que enriquecen el corpus de nociones ya establecidas sobre el tema y abre nuevos horizontes teóricos a los estudios mesoamericanos.

Patrick Johansson  
Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM  
Ciudad de México, 17 de abril de 2003.